

LA COFRADÍA DE LOS NIÑOS

Muchos ojitos chisposos asomaron debajo del pizarrón y un coro de risas se mezcló con el ruido del agua, de mil ríos cambiando su curso. Que lento e imperfecto era todo lo que los grandes hacían.

¡Y cuantos años ataron a los que nacían a sus propias ineptitudes y creencias!

Menos mal que ahora existe la cofradía de los niños. No es que sea un gran avance, todavía los adultos manejan las sociedades desde sus sistemas obsoletos, pero era necesario que nosotros, los nuevos, tuviéramos un espacio para crecer y crear otro futuro.

No la empezó uno, sino que, en un preciso día muchos niños del planeta sentimos el llamado en nuestras cabezas, de otros chicos, y así telepáticamente nos organizamos. El momento

revelador fue cuando cada grupo logró el encuentro programado. Allí entendimos que no teníamos fronteras, solo un vasto territorio por recorrer juntos.

Fue muy simple, les cuento mi experiencia. Yo tenía 4 años, papas absorbentes, sin hermanos. Iba al jardín y a algunos deportes. Cuando sintonicé con los otros chicos estaba en el patio de casa. Sin diálogos, todos sentimos que el encuentro sería al otro día en la plaza de los troncos. Nada más. Nadie pidió ser llevado ahí, ni hizo caprichos para no ir a la escuela. La fuerza del grupo, unidos en el corazón organizaba al universo. Mi mamá dijo que tenía que esperar una hora en el centro a que salga mi papá de trabajar y que íbamos a ir a jugar a la plaza de los troncos. Cuando llegué, supe que tenía que subir a lo más alto del juego de escalada y quedarme allí. Uno a uno fueron llegando, nos percibíamos sin mirarnos. Y ese

día en todo el planeta, quedo plasmada nuestra cofradía.

Ya hace tiempo que venimos construyendo una nueva realidad. Nuestros ladrillos de vibraciones se plasman rápidamente en el entorno y éste lo asimila como propio.

Hoy todos estuvimos con Juan en su escuela frente a la plaza del centro, porque en este momento desde allí se expandían por la tierra canales de energía.

¡Fue muy divertido! Mientras la maestra recitaba los límites de la república Argentina, nosotros jugábamos a borrarlos. La cofradía siente que la tierra es de todos y solo el amor y el respeto son los límites.

Mientras ella señalaba en el mapa político una línea sobre el río Uruguay que nos separaba de ese país, bajo sus ojos, ésta desaparecía. Brotaban como proyectados en 3d, puentes por donde cruzaban familias con sus canastas para

el picnic. Cuando llegaban, el puente se esfumaba y surgía en otro lugar para que pase una perra con sus crías. Así estuvimos un rato hasta que la sorpresa de la maestra se convirtió en desafío y probó con otro límite.

Se fue a la cordillera de los Andes y comenzó a señalar la divisoria de aguas. Perito Moreno necesitó una pala para demostrarlo, iera la era de piscis! Nosotros jugamos a saltar sobre las cimas mientras las rocas se caían y modificaban los cursos. En cuanto la maestra veía el cambio de la correntada de un río, reflejado en su mapa, nos decía: “-Bueno, ahora Chile llega hasta acá”. Entonces seguíamos nuestro juego y volvíamos a cambiarlo. Lo hicimos entre risas y tantas veces, hasta que el agua cayó por donde quiso sin prestarle mucha atención a Newton.

Entonces la maestra dijo... “- **¿Será que no hay más frontera?**”. Esa fue la vibración que recorrió la tierra y como semilla se esparció, a la

espera del tiempo y las condiciones justas para brotar.

Ese día la pasamos muy bien, porque la seño era una copada.

A veces es más triste, los adultos se enojan con ellos mismos y dejan de ver.

Pero así es nuestra era, los que quieren siguen, los que no, se bajan del tren.

